

Mi abuela española, una vida, una historia

Miriam Sonia Sánchez

Podía ver tu figura dos o tres cuerdas antes de llegar, apoyada en tu casa blanca, esperándome cada sábado a las tres de la tarde, no quería que el verte se transformara en una rutina, pero poco a poco, con el tiempo, se hizo una costumbre y no podía estar en otro lugar a esa hora si no era en tu casa: abuela.

Yo tenía alrededor de veinte años, los días pasaban rápidamente, devorándome la vida a causa de las múltiples actividades de aquel entonces, vos más de setenta. Las dos sabíamos que estabas enferma pero no teníamos ni tiempo ni ganas de hablar sobre ello... Nos limitábamos a pasarla bien ese día, conversando, riéndonos, viendo tu jardín y el patio de atrás con sus higueras y granados llenos de pájaros...

Desde chica fui a tu casa, me encantaba saltar sobre tu cama alta, revolver tus cajones buscando algún tesoro tuyo, ver tus fotos, tus recuerdos... Nunca te quejaste y eso que la vida no fue fácil. Se llevó en unos meses a un hijo y a tu esposo y vos te levantaste como esos árboles añosos que el viento agita en el invierno pero que se mantienen en pie...

Sé que naciste en España allá por el mil novecientos dos en un lugar pequeño y tranquilo, mecido por las montañas, llamado La Mata de la Riva cercano a León. Te dieron el nombre María Rosario, eras hija de labradores, de Plácido y Ramona, gente fuerte, de montaña. Tenías dos hermanas mayores, María y Saturna, con las que compartías juegos y sueños en aquellos parajes encantados.

Me decías que con tan sólo cerrar los ojos podías recordar las tardes de verano con sus colores dorados, el verde de los pinos contra el cielo diáfano, el sonido del viento entre las hojas, el murmullo de los arroyos como un canto... y la comida caliente en el invierno junto al abrazo de tu padre...

Días duros habrán sido los de aquel mil novecientos veintiocho cuando decidieron con la voz en un hilo y el alma apretada, casi muerta, dejarlo todo,

familia y amigos, cielo y aldea, arado y cosecha, tumbas y fiestas, cama y hoguera...

Cuando el espanto empuja, cuando la vida queda atrás pero uno no se da la vuelta a verla y la esperanza hecha luz nos lleva como a niños a cruzar el mar hacia nuevas tierras... Un día me contaste del viaje, del largo viaje que empezaba triste y lento dejando tu pueblo, tu gente, tu historia...

Las familias partían en caravanas pesadas y grises desde sus pueblos al mar con niños y jóvenes ruidosos, con hombres y mujeres fuertes... algunos con carros llevando lo que podían, otros a pie levantando el polvo del camino, que parecía besarlos en esa despedida...

Luego el puerto, algunos, gente de montaña, no lo conocían, pero no había tiempo para sentir todo aquello, la vida pegaba en la piel, en los ojos, en ese mar azul interminable. Los subieron a lanchones, apretados como su alma y luego de un trayecto helado, el buque, allí otra etapa empezaba, gritos de niños, mezcla de olores: a mar, a madera y a miedo. Al final de la estrecha escalera de madera los separaron. Los hombres por un lado y las mujeres y niños por otro... Besaste como pudiste a tu padre, sentiste su mejilla tibia, su mirada, y te dio fuerza, muchísima fuerza... Como siempre te daba... Se acomodaron como pudieron, viajabas con tus hermanas, tu madre y tu abuela, pocas cosas, allí apretadas, tu espacio y tu luz había quedado en tus montañas, pero tenías juventud y sueños en el alma.

Me contaste que un día mientras jugaban en la cubierta con otros niños y jóvenes, te alejaste con tu hermana, se separaron demasiado de tus familiares y cuando quisieron volver no los encontraron, estaban perdidas allí en ese enorme barco. Buscaron miradas conocidas, pero no las hallaron, era todo confusión y alboroto, angustia y desamparo..., allí las dos de la mano perdidas a la hora de las sombras largas. En la montaña era distinto, todo conocido, todo calma, corrieron y más se alejaban: bultos, y baúles, rostros extraños, mantas roídas y paja... De pronto sus nombres, en un grito, un cascabel para el alma, era tu abuela, la vieja pastora que las llamaba como antes, como en casa. Corrieron entre la gente, toda emoción, brazos en alto. Luego me contaste que nunca más en tu vida te habías sentido más segura ni a salvo que contra ese delantal oscuro y acariciada por sus manos curtidas por el campo... La abuela te había salvado, te había sacado de esa oscuridad, de ese lugar extraño... y te dijo suavemente...: “así se hacen las mujeres de nuestra tierra, mitad dolor, mitad alegría... a golpes de risa y llanto...”.

Cada día traía nuevas penurias y encontraban en la fe la fuerza que las sostenía, se reunían a rezar a la Virgen de la Velilla en la pequeña capilla del barco. Al promediar el viaje, el alimento era escaso y lo compartían como se podía, nunca faltaron los relatos ni las canciones.

Jamás pudo olvidar las tormentas en el mar ya que tanto los chalecos como los botes salvavidas no eran suficientes para todos y siempre la muerte los acunaba entre enfermedades y peligros...

El viaje fue largo, casi un mes después de dejar a su amada España pudo sentir el abrazo suave y tibio de su padre en Buenos Aires antes de desembarcar. La familia nunca más se separaría, pero esta nueva ciudad los recibía con tristeza ya que nunca pudieron encontrar su equipaje, donde traían lo poco que era todo en ese momento, pero se levantaron, como siempre, eran gente fuerte, gente de montaña...

No hizo falta que me contaras historias de tu tierra porque vos misma eras España, alegre, fuerte, llena de estrellas, eras montaña y camino, claro de luna y rocío, eras toro y castañuela... flor de naranjo y mantilla, torrente cristalino y piedra... No volviste a tu terruño, pero nunca hubo quejas ni lamentos, toda fortaleza...

Hoy ya no estás conmigo pero quizás mis hijos cuando vayan a tu pueblo te encuentren en los prados, en el río, en las risas, en los bailes... quiero que me traigan tierra, que la junten con sus manos, la guardaré entre cristales porque por allí anduvo la abuela por última vez un día por sus senderos, por sus montañas...





Mi abuela española, una vida, una historia



Fotografías de familias de emigrantes aportadas por la autora.